

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN SEMINARIO EMPRESARIAL

AUCKLAND, 4 de Octubre de 1993.

En primer lugar, muchas gracias a Mr. Oskins por sus palabras tan gentiles de presentación. Quiero, al mismo tiempo, recordar que cuando en Abril pasado tuvimos el agrado de recibir en Santiago al honorable Ministro Burdon tuvo una recepción muy cariñosa de parte de los chilenos, pero tuvo la mala suerte de que el clima no lo acompañó, fueron días lluviosos, y él me prometió que cuando yo viniera a Nueva Zelanda tendría un muy buen tiempo. Y efectivamente ha cumplido su palabra. Es muy grato para mí verificarlo.

Agradezco muy sinceramente la posibilidad de reunirme con ustedes en el marco de esta visita a vuestro hermoso país. Es la primera vez que un Presidente de Chile y de América Latina cruza este enorme Océano en una visita de Estado a Nueva Zelanda.

No es por azar que ella se realice ahora. Por el contrario, obedece a los profundos cambios que está viviendo el orden internacional, que lleva a las naciones con intereses y objetivos comunes a buscar nuevas formas de intercambio en el contexto de un mundo cuya historia se ha hecho global.

Un país y una región como Chile y América Latina pueden parecernos desde aquí muy lejanos. Sin embargo, una de las transformaciones más poderosas del presente es cuánto ha cambiado el concepto mismo de distancia.

Quizás nunca antes en la historia la velocidad del cambio ha sido tan radical e impactante como en la última década, con resultados altamente positivos, pero con signos también contradictorios. Han caído los muros ideológicos que contenían la libertad; antiguos centros de poder desaparecen y el mundo bipolar se abre ante una pluralidad de centros de poder; resurge el nacionalismo, mientras grupos de naciones se unen en conglomerados regionales; avanza el espíritu de cooperación, pero no hemos logrado extirpar la guerra; se imponen las economías abiertas, que presuponen el libre comercio, mientras resurgen en algunos viejas tendencias proteccionistas.

En esta marea de cambios hay uno de vital importancia para nuestros dos países: la tradicional gravitación que tenía el Océano Atlántico se ha desplazado hacia el Pacífico. El Pacífico es el mar nuestro, el que baña nuestras costas. Chile y Nueva Zelanda tienen múltiples oportunidades que explorar en conjunto, y es por eso que en esta ocasión quiero acercarlos a Chile y describirles brevemente sus logros, sus desafíos y sus posibilidades.

Chile vive un momento promisorio de su historia. Luego de un difícil período autoritario el país ha recuperado la democracia, enraizada profundamente en su historia luego de independizarse de España en 1810.

Ya en 1830 -diez años antes de vuestro Tratado de Waitangi- Chile construyó una institucionalidad democrática basada en el respeto al derecho y en la progresiva incorporación de nuevos sectores sociales a la participación política. Hemos recuperado, por tanto, nuestra tradición más profunda, al mismo tiempo que hemos aprendido de nuestros errores del pasado.

El desarrollo que tanto anhelamos requiere de la unidad nacional, pues se construye en base al esfuerzo de todos para que los beneficios sean también compartidos por todos. Hemos aprendido, junto a otras experiencias contemporáneas de signo opuesto, que la libertad no es aplazable por la igualdad y que ambas no son aplazables por el crecimiento económico. Democracia, crecimiento y equidad son tres pilares del desarrollo que no deben ni pueden disociarse si se quiere ser éticamente consecuentes y políticamente eficaces.

Chile en los últimos cuatro años ha consolidado su democracia en un espíritu de cooperación y de búsqueda de grandes acuerdos nacionales, al mismo tiempo que el respeto al Estado de derecho y el funcionamiento del sistema político aseguran la representatividad, la diversidad y la divergencia.

Al contrario del pronóstico de algunos, la democracia no ha significado un estancamiento de la economía, sino, por el contrario, ha reforzado su crecimiento sostenido. Somos un país que cree firmemente en la libertad económica, en la iniciativa y la creatividad de las personas, así como en la responsabilidad del Estado en mantener los equilibrios macro-económicos, reglas de juego claras y estables y favorecer a los sectores más desposeídos a través de la inversión social.

Estos principios no son meras declaraciones de buenas intenciones. Es una política en pleno funcionamiento, cuyos resultados son auspiciosos. Así lo demuestran algunas cifras relativas al año recién pasado: nuestro producto bruto creció un 10,4%; la desocupación promedio fue de un 4,9%; la inflación se redujo de un 18 a un 12,7%; la inversión de capital fijo fue de un

19,8% en relación al PGB, mientras las reservas internacionales fueron equivalentes a 11 meses de importación CIF y el superávit del gasto fiscal fue de 2,5% del producto.

Las proyecciones para este año indican que obtendremos metas de un crecimiento del 6%, la inflación alcanzará un 11,5%, la inversión de capital fijo será de un 21,5% del Producto Geográfico Bruto, las reservas internacionales se mantendrán al nivel de 11 meses de importación y el superávit del gasto fiscal será de un 1,5% del producto.

Como ustedes pueden apreciar, las cifras hablan por sí solas. Debo agregar que ellas han sido logradas en un momento en que los grandes mercados internacionales, como los de la Comunidad Europea y Japón, atraviesan por un período recesivo.

Consecuentes con nuestra defensa de la libertad económica, no hemos discriminado entre capitales nacionales y extranjeros. Todo lo anterior ha permitido que la economía chilena haya sido calificada como la quinta más competitiva entre los nuevos países industrializados, después de Singapur, Hong Kong, Taiwán y Malasia.

Muchos de ustedes, que son importantes empresarios en este país, han tenido experiencias exitosas de inversión en Chile y pueden tener la más plena seguridad que esas condiciones son estables, cualquiera que sea el signo de los futuros gobiernos, pues todos los sectores políticos comparten el modelo económico vigente, la necesidad de la apertura externa y de profundizar la modernización de la economía. Chile es un país estable y abierto; por ello es un socio confiable.

Si bien hemos logrado resultados favorables en los últimos años, estamos aún lejos de estar satisfechos. En Chile todavía hay pobres, y muchos pobres. La inversión social durante mi gobierno en vivienda, salud, educación ha superado con creces los niveles históricos, sin afectar los equilibrios macro-económicos, lo cual ha significado elevar el nivel de vida de los más pobres. Pero no hemos ganado todavía la batalla. Responsablemente creemos que las condiciones políticas y económicas están dadas para que en el mediano plazo Chile logre derrotar la pobreza, que constituye el más grande desafío de nuestro tiempo.

Señoras y Señores:

Este país, que brevemente les he descrito, es un país pequeño pero muy largo, cuya frontera por más de cinco mil km. es el Océano Pacífico, y su vocación por ese mar tiene una historia que nos permite participar con fuerza y convicción en la enorme región que sus aguas definen.

Desde años, Chile se encuentra involucrado en el sistema del Pacífico. Pertenece a todas las organizaciones de la región y

estamos en proceso de ser admitidos a la más importante de ellas, la APEC, donde esperamos contar con el respaldo de Nueva Zelandia. Mantenemos embajadas en todos los países que circundan el área y Chile es el único país de América Latina que mantiene un embajador residente en Wellington. Más de un tercio de nuestro comercio exterior es con esa zona, y en los cuatro años de mi mandato habré realizado dos giras a los países del Pacífico.

Nuestra presencia en la zona es de antigua data. Así lo demuestra el pequeño cañón que se encuentra a la orilla del mar en la Bahía de Russel, a no mucha distancia de aquí, apuntando hacia Waitangi. En la leyenda se lee que fue traído en 1860 por un barco que transportaba caballos desde Chile.

Desde entonces, nuestros hombres de negocios se han interesado por establecer sistemas de comunicaciones con la región, de buscar mercados para sus productos e importar los de la zona, interés que es cada vez mayor y más fructífero.

Dentro de nuestra vinculación con los países ribereños del Pacífico, nuestra relación con Nueva Zelandia tiene especial prioridad. No sólo compartimos ser fronteras de este Océano; compartimos también los valores esenciales que deben regir la vida interna de las naciones y el sistema internacional. El valor de la libertad, de la democracia, de la paz mundial, del respeto a los derechos humanos, de la preservación del medio ambiente y de condiciones justas y equitativas en el comercio internacional.

Así como compatriotas nuestros, neozelandeses y chilenos arriesgan sus vidas en otras latitudes para luchar por la paz, así también estamos trabajando juntos para lograr una verdadera libertad de comercio en las negociaciones internacionales en marcha.

Nuestros países, por propia voluntad y convencidos de que era el mejor medio para progresar, abrieron sus economías e iniciaron una práctica de libre comercio. No nos fue impuesta, fue una decisión propia.

En esta decisión, sin embargo, fue gravitante el discurso de ciertas naciones desarrolladas que defendían un comercio internacional abierto, con reglas claras y sin subterfugios. Sobre esa seguridad, países como Nueva Zelandia y Chile iniciaron un difícil proceso de ajuste con altos costos sociales.

Cuando hemos concluido ese proceso y entramos auspiciosamente a los mercados internacionales, aquellos que durante años predicaron la apertura se transforman en los defensores de un proteccionismo disimulado. Neozelandeses y chilenos debemos seguir unidos en pos del libre comercio. Queremos que sea la calidad de los productos y no burocracias poderosas las que ganen los mercados.

La similitud de algunos rubros de la producción de nuestros países induce a algunos a creer que la colaboración entre nosotros no es conveniente. Ello es un error y constituye un diagnóstico equivocado. Nuestras economías, por su propio tamaño en comparación al resto del mundo, no son excluyentes sino complementarias, y sufren las mismas trabas y dificultades. De allí la importancia de actuar coordinadamente.

Señoras y Señores:

Deseo reiterar mi satisfacción, como Presidente de Chile, por esta visita a Nueva Zelandia y por la oportunidad de reunirme con ustedes y exponerles los motivos en los cuales baso mi confianza en las proyecciones que tienen los vínculos entre nuestros países.

Chile tiene sus puertas abiertas para recibirlos. Es un país deseoso de buenas y nuevas ideas, dispuesto a asumir los riesgos de la creatividad y dispuesto a brindarle estabilidad a sus frutos. Estoy cierto que juntos avanzaremos para lograr la prosperidad de nuestros pueblos que tanto anhelamos.

Muchas Gracias.

* * * * *

AUCKLAND, 4 de Octubre de 1993.

MLS/EMS.